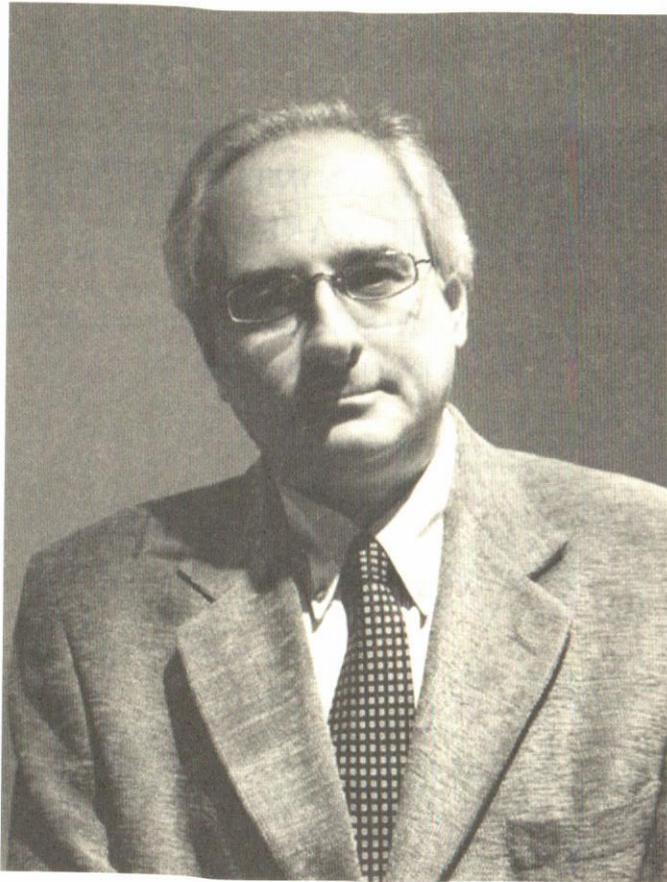


POLÍTICA DEL ACONTECIMIENTO
LITERARIO

ÚLTIMA LECCIÓN
DEL PROFESOR JORGE URRUTIA

25 DE OCTUBRE DE 2016



En *Fahrenheit 451*, la novela publicada en 1953 por Ray Bradbury y que François Truffaut adaptaría al cine trece años más tarde, Guy Montag forma parte de una brigada de bomberos. Prohibidos los libros por ley, su paradójico trabajo consiste en incendiar los que la gente pudiera conservar ocultos. Pero Montag cae un día en la tentación y se atreve a guardar uno de los que tiene que destruir e, incluso, de una página desgajada, llega a leer una línea: "Time has fallen asleep in the afternoon sunshine" ("El tiempo se ha dormido a la luz del sol del atardecer"), frase que, según el novelista, "ardió en su cerebro durante el minuto siguiente como si se la hubiesen grabado con un acero". Resulta así preso en la magia del texto y acaba conociendo a Faber, "un profesor de Literatura retirado que, cuarenta años atrás, se quedó sin trabajo cuando la última universidad de Artes Liberales cerró por falta de estu-

diantes; había cesado como profesor de Literatura por absoluta ausencia de alumnos”.

Al llegar al final de la carrera docente, no sabe uno si es preferible terminar debido a una imposición administrativa por edad o a causa de la carencia de estudiantes. ¿Podría yo haberme convertido en Faber? Probablemente los profesores no hemos sabido hacer partícipe al conjunto social contemporáneo del valor de la literatura, ya como producto estético, ya como descripción de experiencias vitales, ya como constructora de modelos de conocimiento y —recordemos la épica griega, sobre todo la *Iliada*— también de modelos de comportamiento. Resulta curioso que, paralelamente al descenso del número de estudiantes reglados de Literatura, aumenten los que siguen esos cursos en las universidades o clases para mayores. Hay un cambio generacional muy distinto a los anteriores y a lo que suele decirse; o bien la literatura exige una experiencia vital que antes no valorábamos. La manida crisis de las Humanidades la explicó George Steiner con una idea afortunada: el problema radica en que, hoy, los jóvenes son incapaces de permanecer a solas y en silencio en una habitación. Y cuando decimos a solas y en silencio se entiende que también desprovistos de ordenador y de teléfono celular.

La literatura exige hacer un esfuerzo por el silencio y la soledad. Cuáles puedan ser para el pen-

samiento los efectos futuros de la necesidad constante de compañía, charla y ruido no los conocemos aún. Me parece desde luego peligrosa la mitificación irreflexiva del llamado trabajo en equipo. No hay trabajo en equipo sin trabajo previo solitario. Probablemente en ningún campo de la ciencia. Y en la investigación literaria o filosófica, menos aún. Sospecho que en la investigación de las llamadas ciencias puras, tampoco.

Pesa asimismo de modo descarado el criterio ciego —y digo bien ciego— de la utilidad inmediata. En casi todos los aspectos. Se incita más a la pornografía que al erotismo, a la cópula que al amor, al éxito que a la moral de trabajo. Sé bien, porque he dedicado mucho a ese tema, que vivimos en una sociedad del espectáculo, en un tiempo centrado sobre la visibilidad, pero la Universidad debe comprometerse con el control de sus límites y no dejarse arrastrar por la apariencia del éxito. El espectáculo como meta conlleva necesariamente el triunfo de la in-significancia (de la no significancia), como demuestran esos falsos héroes de nuestra corta mitología contemporánea hecha de papel *couché*. Es la preponderancia de la reacción instintiva frente a dominio de la razón.

Mi carrera docente ha constituido un largo camino. Los profesores jóvenes ignoran hoy cómo se formaba aún un profesor de mi generación, la que hizo sus estudios universitarios y se incorporó a la enseñanza

en los años sesenta del pasado siglo. Empecé como docente de clases prácticas pero, en seguida, marché a la Universidad de Estrasburgo donde el profesor André Labertit me recibió como Lector de Español. Allí redacté gran parte de mi tesis doctoral aconsejado desde París por Christian Metz, el propulsor de la semiótica del filme. Mi maestro, Alonso Zamora Vicente, me propuso para que me hiciera cargo en la Universidad Complutense de la asignatura de "Literatura Catalana", que yo había estudiado en el famoso Centre de Philologie Române de Estrasburgo. La impartí durante tres cursos, que simultanéé con clases de lengua y literatura españolas, y algún seminario de cine, en el Centro de Estudios Universitarios. Leí mi tesis doctoral sobre literatura y cine en 1972 e hice oposiciones para una cátedra de grado medio que me llevó a Cáceres. Allí me incorporé a la recién creada Universidad de Extremadura. Gané las oposiciones a Profesor Adjunto y a Profesor Agregado, en 1975, para pasar por concurso de méritos a la Cátedra de "Lengua y Literatura Española y Literatura Universal" de la Universidad de Sevilla, en 1979. En 1993, por fin, me incorporé a una cátedra que se denominó de Literatura y Comunicación en esta Universidad Carlos III de Madrid. También he acudido varios trimestres como profesor invitado a Northwestern University, a las universidades hispanoamericanas

de Buenos Aires, de Asunción, de Costa Rica y a la Universidad Nacional Autónoma de México, o, en Europa, a la Université de Paris VIII, a la Université de Bourgogne y a la Università degli Studi de Palermo. También a la de Rabat. Fue un largo recorrido en el que aprendí mucho de muchos y comprendí el valor del contexto para la recepción de los enunciados. La literatura y el cine acaban importando por la plusvalía, por las significaciones que las obras van acumulando en virtud de la época y el lugar donde se establece el receptor.

Esa larga experiencia me llevó durante varios años al Instituto Cervantes, en el que llegué a ejercer como Director Académico, una responsabilidad en la que me sentí realmente útil a mi país, a mi cultura y a mi vocación. Sólo puedo agradecer la suerte que he tenido de poder estudiar, investigar y enseñar lo que más me ha interesado en cada periodo de la vida. Me siento un privilegiado, porque no he sufrido trabajos incómodos, dificultades vitales, sometimientos. En todos los puestos, siempre defendí el imperio de la razón y la supremacía de la inteligencia. La literatura y el cine me han ayudado a situar la aventura en su justo límite, el juego en su ambiente y la ética personal en la cima. Los errores tienen su espacio en el inventario.



Daniel Mornet estudió en un libro importante los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa. Luego Roger Chartier se detuvo en los orígenes culturales y Dale K. Van Kley en los religiosos. Conocemos por ellos las contradicciones revolucionarias que, referidas a los protagonistas, había analizado Pierre Trahard en *La sensibilité révolutionnaire*. Según esos trabajos sabemos que, desde el principio, hubo un movimiento no exactamente contrarrevolucionario, pero sí anti-ilustrado, que se realimentaría tras la revolución soviética. Un movimiento que ha fragmentado lo que el triunfo de la razón significó y que ha venido, por ello, combatiendo la liberación del individuo de las creencias tradicionales nunca demostradas. Es el relativismo que anula la jerarquía histórica de los valores para anclar la civilización en una suerte de presente continuo. Como resume Zeev Sternhell, en un libro polémico por los autores que aparecen implicados, *Les anti-Lumières. Une tradition du XVIII^e siècle à la guerre froide*, “la veneración de lo particular y el rechazo de lo universal constituyen el denominador común de todos los pensadores de la anti-razón (les contre-Lumières), independientemente de su entorno y de su época”. Al defender al individuo por encima de la comunidad —según hace ahora el neoliberalismo, pero ya lo hacían desde el siglo XVIII los anti-ilustrados—, se entienden paradójicamente negativos y se

califican de entelequias insostenibles tanto los derechos del hombre, como la creencia en que la sociedad se constituye para proteger a los individuos.

Es éste un tema muy de la literatura, y son muchos los personajes que fracasan por pretender convertirse en héroes solitarios. Es el caso de don Quijote, que no llega a superar su ensueño personal hasta el último instante; el de Hamlet, cuyo ensimismamiento sólo produce muertes; el de Anna Karenina, que lleva adelante sus deseos individuales sin prever las implicaciones que cada uno de sus actos implica, lo que la conduce al suicidio; el de Nazarín, que confunde el amor al prójimo con la justicia o la revolución. Los héroes épicos no son, en cambio solitarios, sino solidarios, porque simbolizan a un pueblo.

La libertad individual no es una experiencia insolidaria, como pudiera desprenderse de una novela políticamente importante, *El manantial* (The Fountainhead), de Ayn Rand, cuyo protagonista, el arquitecto Howard Roark, interpretado por Gary Cooper en la versión fílmica de King Vidor, pronuncia un programático discurso final, donde defiende la independencia absoluta del individuo frente a la sociedad. La libertad individual debe permitir comprender la importancia de la colectividad no anulada por la masificación. Precisamente, el estudio moderno de la literatura, el que se desarrolla a partir de la

creación de la ciencia literaria alemana por Wilhelm Dilthey, pretende destacar el modo en que la creación artística concibe la individualidad como muestra de la “abigarrada variedad de la existencia humana” (son términos de Dilthey en *Das Erlebnis und die Dichtung*, traducido por Wenceslao Roces como *Vida y poesía*).

Tal vez por eso los sistemas de gobierno suelen ponerle trabas a la literatura (también a los otros sistemas de expresión secuenciada, como el cine o el teatro) y se sienten siempre tentados a crear un Departamento de Documentación dentro de un Ministerio de la Verdad, como en la narración de George Orwell titulada *1984*. Allí, Winston, el protagonista, corrige las noticias publicadas años atrás, para que las planificaciones anunciadas por el Gran Hermano resulten a la postre acertadas. Pero, además, sus compañeros elaboran versiones “definitivas” de poemas ya ideológicamente neutros, cambian nombres, hechos y rostros, borran proyectos e ideas, y reescriben libros antiguos. Incluso —escribe Orwell— allí se editaban periódicos en los que sólo se hablaba de deportes, de sucesos y de astrología o se escribían noticias sensacionalistas.

La fuerza premonitoria de la literatura hace que no nos consideremos muy distantes de aquellos panoramas de cierta ciencia ficción, desde *Metrópolis*, de Thea von Harbou, hasta *Fahrenheit 451*, si miramos a nuestro entorno y contemplamos muchas de las pá-

ginas y programas de los medios contemporáneos de comunicación; o si leemos ciertas normas emanadas de los gobiernos que propician lo que denominan “corrección política”, producto sin duda éstas más de la ignorancia y del populismo que de una perversidad consciente. Comprendemos también que la obra literaria no puede ser desligada con facilidad de la actividad política.

El poder totalitario de *1984* era más hábil que el de *Fahrenheit 451*. No se trata tanto de eliminar como de sustituir. Los autores de ambas novelas, sin embargo, eran conscientes de la importancia testimonial, metafórica y estética de la literatura. Esas dos obras obligan a que supongamos que, si se fabrica un vacío, sobre todo en educación, es porque se barrunta una amenaza en aquello que antes lo colmaba. La literatura está siendo recluida hoy en ese vacío enseñante. De ahí que tanto el profesor de literatura como el simple lector deban establecer una estrategia de resistencia que se traduce en la táctica de la develación. Y no confundamos la develación con el análisis de contenido, porque tan importante es éste como revelar la forma de elaborarlo.

En la escuela, los niños hacen ejercicios de comprensión lectora. El profesor pretende con ellos que los nuevos lectores no se limiten a pronunciar sílabas juntas, sino que las pronuncien con la ento-

nación medida que demuestre haberse enterado de lo que el texto debe comunicar. De hecho, se utiliza con frecuencia en clase la expresión “el texto *dice* tal cosa...”.

Decir no es, por lo tanto, simplemente *enunciar*. Consiste en incorporar al significado inmediato de las palabras, en virtud del contexto psicológico, sociológico e histórico en que el enunciado se escribiera, las ampliaciones y los matices a los que obligan los contactos que ellas establecen en el interior y con el exterior del texto. De ahí lo que antes he llamado la plusvalía.

Algo similar ocurre con las interpretaciones de los acontecimientos históricos. Conviene distinguir entre el acontecimiento en sí y el entendimiento y la utilización que de él se hacen. Incluso, si consideramos que el acontecimiento consiste en un conjunto de hechos coetáneos y sucesivos organizados como discurso, también debemos someter a análisis los criterios de selección y ordenación de los hechos que lo constituyen. La glosemática ya distinguió en su día la materia del contenido, el modo de organizarla y la forma exterior, que viene condicionada por el lenguaje que utiliza. Esos cuatro elementos, dos materias y dos formas, se limitan los unos a los otros. A ello habría que añadir los modos retóricos que son, por ejemplo, los que distinguen un enunciado histórico de otro li-

terario, más allá de la palabra de honor de quien lo escriba.

Uno de los problemas de la práctica docente de las Humanidades consiste en que, para avanzar en la enseñanza, es preciso construir un panorama coherente que, en virtud de la especialidad, la asignatura y el nivel de estudios, sistematice la aparición de los acontecimientos, sin que quepa —so pena de anclarse en la inmovilidad— la disección de cada uno de ellos. Así, en una clase de historia puede citarse la batalla de Borodino en septiembre de 1812. Es posible explicar las disensiones entre Napoleón y el zar Alejandro, referirse a la invasión francesa de Rusia, comentar la estrategia de retirada del ejército zarista o explicar los antecedentes y las escasas consecuencias que, para la guerra, tuvo la batalla, más allá de su tremenda mortandad. El estudio de las tácticas de ambos ejércitos combatientes correspondería ya a una clase especializada de historia militar. Reconstruir y transmitir el efecto psicológico de los distintos pormenores del combate en Borodino, comunicar la emoción que pudo o no embargar a los combatientes de diferente nacionalidad y graduación, sólo puede abordarse desde la literatura, como hiciera León Tolstoi en *Guerra y Paz*. La docencia, en cualquiera de sus niveles, se basa, por tanto, en la elección de acontecimientos entendidos como magnitudes discretas y

no continuas. El acontecimiento, de algún modo, se construye.

Considero *acontecimiento* no tan sólo algún hecho sucedido o inventado que pueda dar lugar a una crónica, una obra historiográfica, una novela o un filme, sino también cada uno de estos productos (crónica, ensayo histórico, novela, película) y las agrupaciones que de ellos se hagan para que actúen solidariamente (épocas, géneros, escuelas, generaciones, etc.). Pueden estudiarse como acontecimientos, por lo tanto, una obra, una serie, una colección, un grupo, es decir, todo aquello susceptible de ser analizado como magnitud discreta.

Los argumentos para la selección de esos acontecimientos, ya sean históricos, literarios, artísticos o reflexivos, con destino a un estudio académico, no son el resultado de una labor aséptica del profesor, sino producto, en el mejor de los casos, de una metodología aceptada que culmina fraguando un canon. Éste, por otra parte, se elabora según criterios no claros que, en la mayoría de los casos, ni siquiera fueron discutidos. El canon, consciente o inconscientemente, es una operación política.

Así, analizamos una obra literaria admitiendo determinadas propuestas críticas; admitimos la unidad de una escuela o de una tendencia según una agrupación de obras, estilos o autores que se dan por supuestos;

periodizamos basándonos en criterios historiográficos predefinidos; aceptamos un determinado concepto de literatura y no otro; no discutimos los argumentos de autoridad que permiten la presencia o ausencia de una obra en los manuales de estudio. Pero es evidente que, debido a algún motivo no especificado, Juan Luis Alborg, en el tomo primero de su *Historia de la Literatura Española*, cita, por ejemplo, *Examen de ingenios para las ciencias*, de 1575, pero no el *Tractado de la nieve y del uso della*, de 1569. Desconocemos también la razón por la que el hispanista Giuseppe Bellini, en su *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*, comenta *Mamita Yunai* (1941), del costarricense Carlos Luis Fallas, pero no *Jengibre* (1936), del dominicano Pérez Cabral, o *Bananos* (1942), del ecuatoriano Emilio Quintana, cuando el tema y el estilo son similares en las tres novelas. O bien, al hablar del drama social de finales del siglo XIX, los historiadores del teatro se refieren acertadamente a Joaquín Dicenta, pero ignoran a José Fola Igúrbide, dramaturgo temáticamente también innovador que, sin duda alguna, merecería alguna cita. ¿Qué intereses, ignorancias, preocupaciones, caprichos o perezas se esconden tras una elección o un desasistimiento?

El sentido político puede instalarse en una obra, en un autor, en un estilo, en un género, en una selección, en un tipo de periodización. Puede depender

de una época histórica, de un país, de una manifestación de poder. Que un manual de literatura inglesa sólo estudie los autores británicos es nacionalista, pero comprensible. Que incorpore también a los autores norteamericanos, australianos o sudafricanos, pero prescinda de los indúes o paquistaníes aunque escriban también en inglés, es racista y colonial, según denunció en cierta ocasión Salman Rushdie. La casuística es muy amplia y viene a demostrar la importancia social de la literatura, como testigo y como transmisora de modos de sentir y pensar no siempre conscientes para los lectores o, incluso, para el escritor. Conocida es una carta de Engels a la novelista Margaret Harkness donde subraya que Balzac es un partidario de la sociedad del antiguo régimen legitimista pero, al describirla, resultan sus miembros sumidos en una decadencia plena.

La importancia del libro como arma ideológica y su mitificación han sido estudiadas —y últimamente en España por Pedro Luis Lorenzo Cadarso en *El libro y la lectura como armas políticas*—, pero el sentido político cabe encontrarlo también en una clasificación o en el uso que se hace de las obras de ciertos autores. En un simple marbete, en una denominación. Los historiadores y los críticos son mediadores a través de los cuales llegamos a los acontecimientos. Podríamos incluso decir que son *interpretantes*, en el sentido de

Peirce, esto es, que construyen la red significativa en la que situamos nuestra lectura.

Abordamos los textos tras una clasificación escolar o por el artículo elogioso de un periódico, o debido a que se incluye en determinada colección. Tal vez es la importancia que los manuales otorgan a un libro lo que nos incita a leerlo. Nos asomamos a Gustavo Adolfo Bécquer cuando un profesor nos dijo que era un romántico que escribía poemas de amor, y nos resulta luego muy difícil aceptar que ni lo uno ni lo otro. En la novela *El mundo es un pañuelo*, de David Lodge, un personaje está escribiendo una tesis sobre la influencia del gran poeta norteamericano del siglo XX T. S. Eliot sobre William Shakespeare, el dramaturgo renacentista. Pero es que no se lee igual una tragedia de Shakespeare si se leyó o no se leyó antes *Asesinato en la catedral*, de Eliot. ¿Hasta dónde las elecciones y las agrupaciones de obras en la escuela o en la clase universitaria son inocentes, asépticas, directoras, políticas? ¿Y hasta qué punto pudieran no serlo?

Me parece por ello especialmente digno de atención el caso de un grupo de escritores a los que se les hace aparecer de forma compacta y marcando un hito en la periodización de la historia de la literatura española: la llamada “Generación del 98”.



No es éste el momento de discutir el concepto de generación ni su validez para el estudio histórico. Desde Dilthey a Michel Winock, pasando por Petersen u Ortega y Gasset, entre otros, se ha reflexionado mucho sobre ello. Como en tantas ocasiones ocurre, la crítica española se mueve y conmueve por modas y, así, suele asegurar despectivamente que sólo en nuestro país se aplica el método de las generaciones a la periodización artística o literaria. Nada más falso, el famoso Albert Thibaudet, por ejemplo, lo empleó en su *Historia de la literatura francesa desde 1789 hasta nuestros días*, de 1936, o Henri Peyre reflexionó sobre ello en *Les générations littéraires*, entre otros casos. Lo que debe importar es conocer los criterios por los que una generación se delimita, con qué pretensiones.

Pedro Laín Entralgo —y en esto estoy plenamente de acuerdo con él— asegura que una generación resulta operante cuando la convivencia de los jóvenes da al *he de hacer* la figura del *hemos de hacer* y trueca el *yo* en *nosotros*¹. Más allá del espíritu de grupo que, por cierto, siempre negó Pío Baroja que existiese entre los del noventaiocho, los demás caracteres comunes que permiten definir una generación han sido estudiados con detalle. Alonso Zamora Vicente supo resumirlos en la lección inaugural del año académico

¹ Pedro Laín Entralgo: *Las generaciones en la historia*, pág. 291.

1945-1946 en la Universidad de Santiago de Compostela: nacimiento, herencia, elementos formativos, sensibilidad vital, experiencias comunes, trato personal, lenguaje generacional, personalidad conductora, anquilosamiento de la generación anterior.

Pero Pedro Laín le da a la generación una significación peculiar. Elimina el aspecto biológico, la edad similar de sus miembros, lo que cuestiona un componente en principio esencial del concepto. La variación podría ser aceptable. El historiador francés Michel Winock entiende, por ejemplo, que la idea de contemporaneidad es discutible, ahora bien debe destacarse lo que denomina “período de emergencia”, es decir: una experiencia histórica compartida (lo que ya afirmaba Petersen) que se convierte en problemática fundamental. Cree por ello Winock que existe una elasticidad temporal dentro de los límites que marcan “las otras experiencias y los contextos vitales”.

Sucede que si Laín elimina lo biológico, no es tanto debido a las distintas teorías sobre este método de periodización que repasa en su libro *Las generaciones en la historia*, ni lo es por un convencimiento inocente, sino porque sigue el pensamiento del fundador del partido falangista, al que él mismo pertenece. Así, cita un texto de José Antonio Primo de Rivera escrito en 1935: “Pertenece a la misma generación los que percibimos el sentido trágico de la época

en que vivimos y no sólo aceptamos, sino que recabamos para nosotros la responsabilidad del desenlace. Los octogenarios que se incorporen a esta tarea de responsabilidad y de esfuerzo, pertenecen a nuestra generación”². Y comenta Pedro Laín: “José Antonio proclama un movimiento generacional, cuya nota definitoria consiste en la libre decisión de asumir cierta responsabilidad histórica”.

Suprimir la coincidencia de simultaneidad, hasta el punto de sustituirlo por la identidad de pensamiento, rompe con el concepto mismo de generación, que pasa así de ser un posible método de periodización histórica a constituirse en argumento ideológico. Desde ese concepto de generación debe entenderse otro volumen que, en 1945, publicó Laín Entralgo bajo el título *La generación del noventa y ocho*, convertido en un clásico desde el que se han querido fijar las características canónicas del grupo de escritores que suele escolarmente considerarse como pertenecientes a ella. Es decir, instituido el libro como referencia obligada, se acepta, ya sin análisis, como indiscutible clasificación histórico-literaria, una argumentación hecha con otra pretensión.

En una carta prólogo dirigida al poeta y político falangista Dionisio Ridruejo, afirma Laín que ellos son

² Pedro Laín Entralgo: *Las generaciones en la historia*, pág. 292.

“nietos del 98”, pues los “hijos” habrían constituido la generación de Ortega y Gasset, Eugenio d’Ors, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Miró, Marañón, Ángel Herrera, Eduardo Marquina, Julio Rey Pastor. La mezcla de nombres resulta aquí evidente. No hay en esta lista unidad profesional, ni cronológica, ni política, pero Laín busca crear una suerte de magma en la que los nombres se confundan e, incluso, pasen de un grupo a otro. Ya hemos visto que, siguiendo a José Antonio Primo de Rivera, los límites de cada generación no serían cronológicos, ni siquiera experienciales, sino ideológicos.

Se puede argumentar que Pedro Laín Entralgo no es el inventor de la Generación del 98, y será cierto. Parece que Gabriel Maura pudiera haber sido el primero en referirse a ella, en 1908, y después otros autores lo hicieron, como José Ortega y Gasset, además de los propios afectados. No es mi intención aquí discutir si esos escritores constituyeron o no un grupo compacto, sino tratar de cómo, en unos años muy precisos, los inmediatos a la guerra civil española, se impuso un concepto de la Generación del 98 cuya finalidad no era explicar la historia de la literatura española u ordenarla mejor, sino justificar culturalmente un credo político.

La literatura española del fin del siglo XIX y principios del siglo XX es difícilmente reducible a

un esquema que responda a la derrota y la crisis de 1898. Si Unamuno, Ganivet, Valle-Inclán o Ramón Menéndez Pidal nacieron en el decenio de 1860, Baroja, Martínez Ruiz, Manuel Machado, Maeztu, Eduardo Marquina o Gabriel Miró son de los setenta, mientras que Azaña, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Eugenio D'Ors, Araquistáin, Ortega, Antonio Machado, Marañón o Gómez de la Serna nacieron en los ochenta. Otros nombres que a veces se incorporan, como Joaquín Costa, de 1846, o Santiago Ramón y Cajal, de 1852, son mucho mayores y pertenecen a una promoción distinta. Piénsese que Emilia Pardo Bazán nació en 1851. Debido a las afinidades e intereses entre ellos, así como a las fechas de sus primeras publicaciones, y rompiendo la exacta cronología, se suelen distinguir dos grupos. Por un lado Unamuno, Valle-Inclán, Baroja, Martínez Ruiz, los hermanos Machado, Maeztu, Marquina y Juan Ramón. Por otro, Miró, Azaña, Pérez de Ayala, D'Ors, Ortega, Marañón y Gómez de la Serna. Ernesto Giménez Caballero estimaba que el primero venía marcado por la crisis del fin de siglo, mientras que al segundo le afectó la Primera Guerra Mundial; no está mal visto. Lo que sin duda es indiscutible es que, entre Gómez de la Serna, que nace en 1888 y Pedro Laín Entralgo, que es de 1908, hay un escalón cronológico que marca una división, cubierta

por escritores de menor eco. Pero se ha prescindido también de aquellos que solemos conocer como Generación del 27. Entramos en el grupo de intelectuales que comienza su vida pública en el entorno de la proclamación de la Segunda República.

En la carta-prólogo con que inicia su libro sobre la Generación del 98, Laín aplica a un "nosotros", que comprendía a Ridruejo, a él mismo y a otros coetáneos que no cita, aquellos versos de Antonio Machado tan conocidos:

Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre
la voluntad te llega, irás a tu aventura
despierta y transparente a la divina lumbre,
como el diamante clara, como el diamante pura.

Son los versos finales del poema "Una España joven", fechado en 1914 y publicado al año siguiente en la revista *España*, que editaron José Ortega y Gasset, Luis Araquistáin y Manuel Azaña, unos intelectuales profundamente implicados luego en la Segunda República. Machado, que siempre se sintió viejo, cuyo entorno vital era el de su hermano, y sus amistades Azorín, Valle o Juan Ramón, considera jóvenes a los editores de la revista y a ellos les dedica el poema, no a unos escritores y políticos que aún no han nacido como tales. Desde el prólogo del libro

de Laín Entralgo va preparándose, pues, una curiosa manipulación del Noventaiocho tan evidente que no acabamos de entender cómo pudo obtener tanta receptividad e influencia.

Aceptada a priori la importancia de los escritores del fin de siglo, y teniendo muy en cuenta hasta qué punto se han convertido en referentes de la modernidad literaria española, tanto en su estética como por su compromiso con la cuestión nacional, Pedro Laín Entralgo decide reconsiderarlos de tal forma que pueda enlazar con ellos su propia generación (desligada prudentemente de nombres con los que no concuerda en pensamiento político: Miguel Hernández, Germán Bleiberg, Pascual Pla y Beltrán) y ningunear de paso a la generación intermedia, la que está detrás de la Segunda República. Por los mismos años que Laín, pero fuera de España, otros historiadores y críticos (como Hans Jeschte o Ramiro W. Mata) estudiaban la posibilidad de una Generación del Noventaiocho y la reducían a un número mínimo de autores homogéneos psicológicamente o coincidían con Pío Baroja en negar cualquier carácter de grupo.

No debe olvidarse quién era y qué significaba el autor cuando publicó el libro. En 1941, Laín Entralgo había dado a conocer *Los valores morales del Nacional-sindicalismo*, una obra que escribe, según confiesa en el prólogo, “como falangista y como católico, y con el

evidente propósito de servir a la vez una y otra causa”³. En los años inmediatos, Laín Entralgo buscará organizar un cuerpo de doctrina en volúmenes como *Sobre la cultura española* (1943) y *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales* (1944), para concluir, con *La generación del noventa y ocho* (1945), libro que sitúa al grupo intelectual y político falangista en una teórica tradición de pensamiento crítico historicista y nacionalista que habría roto la generación de la República, es decir los autores conocidos como novecentistas (o Generación del 14) y los miembros de la Generación del 27. Bajo el franquismo se pretendía recuperar esa tradición.

Tampoco Laín era totalmente original. Fue Ernesto Giménez Caballero, intelectual fascista, director de la famosa revista *La Gaceta Literaria*, quien se atribuyó el calificativo de “nieto del 98”, en la primera parte de su libro *Genio de España* (1932). Según él, tienen que considerarse nietos “aquellos escritores españoles cuajados en la postguerra” [de la primera guerra Mundial]. Ahora bien su concepto de aquella fecha convertida en marbete es muy peculiar: “*El 98* es ese grito desesperado que —sordamente— se inicia en la paz de Münster (1648), en pleno siglo XVII de España, y, rodando y creciendo de siglo en siglo,

³ Pedro Laín Entralgo: *Los valores morales del Nacional sindicalismo*, pág. 8.

de fracaso en fracaso, [...] termina en este desesperado grito insistente y rotundo que, 1931-2, vengo lanzando”⁴. Para Giménez Caballero, España está en un largo “noventaiocho” desde mediados del siglo xvii, con catorce hitos trágicos: 1648 (pérdida de las Provincias Unidas y las colonias asiáticas holandesas), 1659 (pérdida de Artois y Luxemburgo), 1668 (separación de Portugal), 1668 también (acuerdo de Aquisgrán), 1678 (pérdida del Franco Condado), 1713 (pérdida de Gibraltar, Menorca, posesiones italianas, salvo Sicilia, y de la colonia americana de Sacramento), 1763 (pérdida de Terranova, la Florida, Pensácola y territorios del Mississipi), 1795 (pérdida de Santo Domingo), 1800 (pérdida de la Luisiana), 1810 y años siguientes (independencias americanas), 1898 (pérdida de Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Marianas, Carolinas y Palaos), 1921 (derrota de Annual) y 1930 (pacto republicano de San Sebastián). Para Giménez Caballero, y para algún poeta modernista, como Francisco Villaespesa, u otros escritores influidos por el fascismo, como José María Pemán, la decadencia de España responde a una larga cuesta abajo del imperio y la monarquía repleta de caídas y de pérdidas. La elevación a símbolo del año 1898 no tendría otra función que esconder la realidad de una crisis de conciencia histórica.

⁴ Ernesto Giménez Caballero: *Genio de España*, pág. 19.

Esa historia de España, vista como una serie de derrotas desde el siglo xvii, no era admisible en la España del general Franco, que pretendía, aunque retóricamente, reemprender el camino del Imperio. Giménez Caballero, por genialidad o por locura, era demasiado extremista y atrevido para el Régimen. Prueba de que, para Giménez Caballero, no significaba nada literaria ni políticamente aquella fecha simbólica es que, según él, “todas las características de los 98 —parecen, sí— fundidas al volumen de la actual República española”.

La constitución republicana era, pues, para el fascismo español más estricto, la consecuencia del pensamiento noventaiochista. Sólo una de sus características y deseos no estaría presente, la rebeldía. Pedro Laín, en el prólogo a su libro sobre el 98, le comenta precisamente a Ridruejo que hay que heredar de aquella generación la rebeldía. Y escribe: “*el patriotismo nuestro también ha llegado por el camino de la crítica*, dijo una voz nobilísima y definidora; y al decir *también* pensaba en el patriotismo de estos disconformes”.

Azorín, en una serie de cuatro artículos publicados en 1913, redacta su visión generacional. Defiende el sentido crítico del grupo de escritores, pero ve su origen en la labor de quienes los precedieron, especialmente en el teatro de Echegaray, que “ha sido un

grito pasional y una sacudida violenta”, en la poesía de Campoamor, que representó “la sorda y dulce crítica de prejuicios, de ideas tradicionales, de sentimientos que parecían definitivos”, y en la novela de Pérez Galdós, con quien “por primera vez la realidad va a existir para los españoles”. Resume: “Unid, pues, el grito de pasión de Echegaray al sentimentalismo subversivo de Campoamor y a la visión de realidad de Galdós, y tendréis los factores de un estado de conciencia que había de encarnar en la generación de 1898”⁵. No era, por lo tanto, la rebeldía contra la situación del país una exclusividad de los jóvenes noventaiochistas, sino nacida en la generación anterior que, no lo olvidemos, surge a la vez que la revolución de 1868 y la Primera República.

Laín no puede, en modo alguno, conceder algo a ninguna de las dos repúblicas. Hubiera podido hacerlo en los años treinta, pues el falangismo tenía veleidades revolucionarias pero ya no en los cuarenta. De hecho, retorciendo los argumentos azorinianos, en un artículo posterior, localiza en Marcelino Menéndez Pelayo el origen de la idea de España de los escritores del Noventaiocho. En la rebeldía quiere encontrarse con ellos pero oculta quién fuera aquella “voz nobilísima y definidora”, citada antes, que hiciera caminar el patriotismo a lomos de la crítica. Saberlo deja aún más clara la finalidad de

⁵ Azorín: *La generación del 98*, pp. 18/19.

su estudio sobre el Noventaiocho. El 19 de mayo de 1935, en un discurso pronunciado en el cine Madrid de la capital, el orador explicaba que la Segunda República vino de la mano de gente que volvía del patriotismo de zarzuela por la vía de la crítica, y comenta que *el patriotismo nuestro también ha llegado por el camino de la crítica*. El orador fue José Antonio Primo de Rivera y la propiedad del patriotismo se atribuía a los seguidores del partido falangista. Así, Pedro Laín enlaza de nuevo directamente el falangismo con la Generación del 98, imponiéndola, no por sus propios valores, sino por ser —permítanme el juego de palabras— la generadora de la generación acrónica falangista.

En los artículos de 1913, Azorín comenta la labor regeneracionista de su grupo y época e insiste en la continuidad de la actuación: “Se cree generalmente que toda esa copiosa bibliografía ‘regeneradora’, que todos esos trabajos formados bajo la obsesión del problema de España, han brotado a raíz del desastre colonial y como una consecuencia de él. Nada más erróneo; la literatura regeneradora, producida de 1898 hasta años después, no es sino una prolongación, una continuación lógica, coherente, de la crítica política y social que desde mucho antes a las guerras coloniales venía ejerciéndose”⁶. Esa confesada continuidad no

⁶ Azorín: *La generación del 98*, pp. 18/19.

puede tampoco gustarle a Laín, posiblemente debido a la figura filosocialista de Galdós y, sobre todo, porque le quita importancia al Imperio y a su pérdida. La verdad es que muy poco, y nada en su obra creativa, dedicaron los escritores del Noventaiocho al tema americano.

Entre los silencios, más que olvidos, de Laín Entralgo está un artículo publicado por Manuel Azaña en diciembre de 1923. Es imposible que no tuviera noticia de él, pero no era Azaña persona de quien el franquismo quisiera acordarse, en 1945, salvo para vituperarlo. En aquel artículo aparecido en la revista *España*, quien fuera más tarde Presidente de la República comenta también que los escritores del Noventaiocho, aunque fueron críticos, “en el fondo no demolieron nada, porque dejaron de pensar en más de la mitad de las cosas necesarias”. Restringe su alcance a la literatura, quitándoles la fuerza política sobre la que Laín quiere fundamentar su propio pensamiento, porque fueron escritores que se limitaron a trabajar en el menester a que su vocación los destinaba y en ello triunfaron, al innovar y transformar los valores literarios. Azaña recordaba también que Miguel de Unamuno escribió que “el pueblo nunca ha sentido entusiasmo por esta guerra”.

El resultado de la aventura colonial, al menos para España, Portugal e Italia puede resumirse en tres ver-

sos de Álvaro de Campos, uno de los heterónimos de Fernando Pessoa:

Pertença a um género de portugueses
Que depois de estar a Índia descoberta
Ficaram sem trabalho.

La aventura colonial ibérica se sintió, pues, como un chasco. En diciembre de 1898 no es que España se hubiese quedado sin pulso, como escribió entonces Francisco Silvela, sino que, según se lee en su famoso artículo, “no se percibe agitación en los espíritus, ni movimiento en las gentes”. El pueblo sintió con el final de la guerra un alivio que en poco se parecía a la sensación de decadencia. Importaba más el retorno que la derrota. Como afirma el estudioso francés Paul Aubert: “La population fut davantage préoccupée par la situation économique et sociale que par les nouvelles alarmantes qui parvenaient des colonies”. Por eso, porque importaba más la situación económica y el retorno de los soldados que, además de la satisfacción familiar, devolvía a la agricultura manos fuertes necesarias, la paz significó, no ya una alegría, sino una tranquilidad grandísima. Pero la crítica nacionalista no podía hacerse eco del alivio que la rendición supuso.

En una zarzuela estrenada el 29 de noviembre de 1898, la protagonista, Pilar, canta unos versos que se hicieron famosos:

Si las mujeres mandaran,
 en vez de mandar los hombres,
 serían balsas de aceite los pueblos y las naciones.
 No habría nunca
 guerras odiosas,
 que a concluir esas guerras irían
 madres y esposas.

Los autores de *Gigantes y cabezudos*, Miguel Eche-
 garay y el maestro Fernández Caballero, supieron
 pulsar las fibras sensibles de la sociedad popular del
 momento con un coro de hombres que se conoció en
 seguida como el "Coro de los repatriados":

Por fin te miro,
 Ebro famoso,
 hoy es más ancho
 y es más hermoso.
 ¡Cuánta belleza,
 cuánta alegría,
 cuánto he pensado
 si te vería!
 [] ¡Ay, pobres madres,

cuánto han llorado!
 Ya Zaragoza
 vuelvo a pisar;
 allí la Seo,
 y allí el Pilar.
 [...] Aguas muy amargas son
 las del mar.
 Yo he sabido la razón
 al marchar.

Jesús, uno de los repatriados, advierte:

De aquí al Pilar; allí a dar
 llorando y arrodillándome
 gracias porque he vuelto y... vivo,
 que pude volver cadáver.

El final de la guerra no significó, muy probable-
 mente, una tragedia popular, muy al contrario, y los
 escritores no se sintieron obligados a escribir de ello.
 El profesor Ángel Bahamonde me hace observar que
 en notas sueltas de prensa, en los diarios de avisos, se
 encuentran anuncios de festejos en los pueblos con
 motivo del regreso de los combatientes. Liberado ade-
 más el Estado de los enormes gastos militares, el nivel
 de vida aumentó paulatinamente, pese a la deuda ex-
 terna, hasta la nueva guerra de Marruecos.

En la prensa, aunque la mayor parte de las colaboraciones fueran patrióticas o incluso patrioterías, pueden encontrarse poemillas cómicos cuya ironía demuestra la tranquilidad —más que el dolor o el desinterés— con que las gentes aceptaron la derrota. Así, el 6 de diciembre de 1898 pudieron leerse estos versos cantables por el Tío Sam y España sobre la melodía de *La verbena de la paloma*:

— ¿Dónde vas con mantón de Manila
siendo día, como es, de labor?
— A empeñarlo una vez para siempre,
porque ya no resulta español.
— Y si yo te ofreciera de golpe
cuatro dollars o cinco por él?
— Pues tampoco se lo vendería.
¿Me ha tomado usted a mí por Moret?

Y, al terminar el año, en un diario se publica esta décima:

El año desaparece,
y al extinguirse pregona
que este globo pertenece
a la raza anglo-sajona.
Ella hereda al que fallece,

y si hay un agonizante,
le dice en tono festivo:
Ya ha vivido usted bastante;
con que muérase al instante;
si no, lo enterramos vivo.

No era el tema americano el que importaba a los escritores jóvenes. Tengamos en cuenta que la derrota española y, sobre todo, la victoria de los Estados Unidos y su actuación colonialista y no liberadora, despertó un movimiento pro-español como demuestran la "Oda a Rossevelt", de Rubén Darío, diversos escritos de Santos Chocano o novelas como *El problema* (1899), publicada en Costa Rica por el guatemalteco Máximo Soto Hall, un relato de teórica política-ficción que muestra Centro-América convertida en un estado de la Unión. El sentimiento nacional no podía ya tener el mismo tono que durante la guerra. Incluso se puso en marcha una numerosa emigración a la isla de Cuba.

La obra de creación de la Generación del 98 se dirige muy pronto a tocar temas que sólo en algún caso llegan metafóricamente a rozar la realidad inmediata. De hecho, si nos ocupamos de estos autores apenas es por sus artículos de prensa, genéricamente obligados a tratar de la actualidad. Esta es la idea que también demostró tener en 1935 el profesor y poeta Pedro Salinas en su ensayo "El concepto de genera-

ción literaria aplicado a la del 98”, que no pretende sino lo que su título dice, “confrontar los comienzos literarios de nuestro siglo XX con la teoría de generación literaria elaborada en Alemania”. No hay en Salinas intención política ni nacionalista alguna. Por eso, Laín lo acusa displicentemente de haber tratado la generación como si fuese “un problema de historiografía literaria” y de ver mucho más a los literatos que a los españoles.

Cuando los historiadores se refieren a “la literatura del desastre” o la “literatura del 98” están pensando en los textos de todo tipo, pero especialmente políticos o sociológicos, que se escribieron en el cambio del siglo XIX al XX en torno a la crisis de los gobiernos de la Restauración y a la pérdida de las últimas provincias y colonias de ultramar. Así le sucedió ya a Miquel dels Sants Oliver en su ensayo titulado, precisamente, “La literatura del desastre”, publicado en 1907. Si algunos de los literatos importantes que suelen integrarse en la nómina generacional se preocupan por los temas más directamente del día, como Martínez Ruiz (el futuro Azorín), Maeztu o Baroja, y posteriormente, Manuel Machado, entre otros, lo hacen por su profesión de periodistas, con distintos procedimientos estilísticos que cuando escriben con pretensiones de permanencia. Ya afirmó Ramiro de Maeztu en *Hacia otra España* (1899) que “en esta la-

bor del periodismo la belleza serena de la obra de arte no es posible”⁷.

Si alguna vez, como es el caso de Azorín, alguno de esos artículos se incorpora a su obra novelesca, sufre transformaciones y, en cualquier caso, la serie en la que se incluye modifica de forma notable su significación. Hay que distinguir, pues, entre una prosa volcada en la inmediatez y el estilo simbolista que la mayor parte de esos escritores lleva a su obra creativa original. ¿Quiere esto decir que fueran dos personalidades distintas, que jugaran a ser unas veces Jeckill y otras Hyde? De ningún modo, se trata de un compromiso con la propia escritura que arrastra una ética de la estética.

Un cuento de Manuel Machado puede servir de ejemplo. En “El amor y la muerte”, un español flirtea con una francesa en una fiesta parisién y le regala un puñal, explicándole que el amor exige gran número de obligaciones y sacrificios. “Y como ni aun así estaría yo seguro de que su amor era sólo mío, decidiría por fin una noche que nos matásemos, y dejaríamos dicho que nos enterraran juntos”. Ella pregunta: “¿Así se ama en el país de usted?”. Él contesta que sí, que es algo sublime: amar y morir. A lo que la francesa responde, devolviéndole el puñal: “Entre nosotros es

⁷ Ramiro de Maeztu: *Hacia otra España*, pág. 60.

al revés [], amar... y vivir". El español, por último, le replica: "¡Oh!, guárdelo usted como recuerdo de esta lección de amores. No tenga usted miedo. Es un pomo de esencias". El puñal no es sino un frasquito de perfume. No nos confundamos, estamos ante la literatura. Y la literatura no es la vida.

Sería posible extendernos sobre la relación y las implicaciones de vida y literatura, pero no es el momento. Laín asegura que para los escritores del 98 "el campo y sus habitantes representan una España real, sólida; su belleza es verdadera, las pasiones de sus hombres son gritos fidedignos del alma española". Lo necesita para la fundamentación ideológica que quiere imprimir a la generación: la literatura del Noventaiocho denunciaría una realidad, se asentaba en una visión histórica de España, reflejaba Castilla como sustentadora de la patria. Para probar esa proximidad con el pueblo de aquellos escritores, arguye una cita de Azorín: los campesinos manchegos "son ingenuos y sencillos como los *mujiks* rusos". Todos podemos comprender que la experiencia personal de Azorín con el campesinado eslavo es fácilmente descriptible. El escritor alicantino sólo puede saber de los *mujiks* a través de la novela de los realistas rusos del XIX. Si los costarricenses se saludan diciendo "pura vida", nosotros podemos decir "pura literatura".

Pero es que, en ese afán por presentar una Generación del 98 nacionalista, para establecerla como origen del pensamiento histórico de Falange Española, el libro de Pedro Laín Entralgo confunde continuamente obra y vida, e interpreta en clave biográfica pero, sobre todo, nacionalista y política numerosos episodios o frases.

Es sabido, por ejemplo, que Martínez Ruiz, Maeztu y Baroja hicieron juntos un viaje a Toledo. Los dos novelistas, Azorín y Baroja, encontraron en ese viaje motivo para varias páginas de obras como *La voluntad* o *Camino de perfección*, pero importa, más que la realidad y la anécdota de la visita, el interés que en ambos despierta Toledo y cómo los dos la ven literariamente a través del tópico de época de la ciudad muerta, que fijara el belga Georges Rodenbach en su novela *Bruges-la-Morte*, de 1892. La selección de los rasgos describibles es claramente significativa, como lo es la que Darío de Regoyos le hiciera contemplar al poeta, también belga, Verhaeren a la hora de preparar las páginas de *La España negra*. De los pocos críticos que se han detenido en este tópico referido a la literatura española, Hans Hinterhäuser, Miguel Ángel Lozano Marco y yo mismo, Lozano observa muy finamente que es "un motivo estético que responde a la psicología de la derrota".

¿De qué derrota? Si hablamos de un tópico que funciona en la literatura europea, al menos latina, no

podemos ya simplemente pensar en la derrota española de 1898. Los últimos treinta años del siglo XIX fueron testigos de una serie de graves derrotas. En 1870, el ejército prusiano venció al francés en Sedan. En 1890, los portugueses tuvieron que ceder al ultimátum británico sobre la expansión africana. En 1896, los italianos son destrozados por los etíopes en Adua. Por fin, en 1898, España es vencida en Cavite y Santiago de Cuba por la armada norteamericana. Estas derrotas tienen caracteres comunes. Por un lado limitan la expansión, hasta entonces más o menos afirmada, de Francia, Portugal, Italia y España. Por otro, los países derrotados son latinos. Además, las cuatro ponen de manifiesto que sólo los anglosajones o los germánicos están en condiciones de ampliar sus territorios e imponer su voluntad. Lo decía ya aquel poemilla publicado en el final del año 1898: "Que este globo pertenece / la raza anglo-sajona".

Ramiro de Maeztu hablaba en 1897 de un "posible Sedán colonial", refiriéndose a España y, al concluir el desastre, comentó "júzgase por muchos semejante la situación actual de España a la de Francia en 1870". El portugués António Enes veía la situación de Portugal tras el "Ultimatum" similar a la Francia tras Sedan y era consciente, el 23 de enero de 1890, de la decadencia de los países peninsulares: "A união das raças latinas impõe-se; mas se isto

não pode ser já e imediatamente, tratemos ao menos quanto antes com a Espanha"⁸. Ese iberismo se desarrolló a lo largo de los años noventa, debido a la amplia repercusión que en España tuvo la confrontación anglo-portuguesa, como estudió Pilar Vázquez Cuesta.

La sensación de decadencia que transmiten las primeras obras de los escritores noventaiochistas no puede interpretarse exclusivamente en clave nacionalista, sino que responde a un estado mental europeo. Laín Entralgo se equivoca porque ignora el contexto cultural en el que escribieron y su valor, o prescinde voluntariamente de él. Además, como un anti-ilustrado que era, le concede al sentimiento y al ensueño mayor importancia que a la razón.

Sin olvidar la obra tan difundida de Paul Bourget, *Essais de psychologie contemporaine* (1883), fueron varios los libros que se publicaron sobre la decadencia de los pueblos latinos, desde uno de Giuseppe Sergi, *La Decadenza delle nazione latine* (1900), hasta *A quoi tient l'infériorité française*, de Léon Bazalgette (1900), pasando por *A quoi tient la supériorité des Anglo-saxons*, de Edmond Demolins (traducido al español en 1899). Este último insiste en la buena organización económico-administrativa del Reino Unido, mientras que los

⁸ O "Ultimatum" visto por António Enes, pág. 226.

anteriores hacen un repaso a la historia de los países latinos, desviados de sus verdaderos fines, sobre todo, por la presión de la Iglesia católica. El sentimiento de decadencia llegó también a Hispanoamérica y, en 1899, el mexicano Francisco Bulnes publicó un libro, que tuvo influencia, titulado *El porvenir de las naciones latinoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica*. Se desarrolló una fuerte polémica que estudió Lily Litvak.

El origen teórico de casi todos esos libros está en *Entartung* (Degeneración), de 1892, libro de Max Nordau que se hiciera famoso por su diagnóstico del crepúsculo de los pueblos —seguido en nuestro país por Pompeyo Gener en *Cosas de España* (1905). Veinte años más tarde, Oswald Spengler publicó su *Decadencia de Occidente*.

La interrogación sobre la decadencia latina, que Francia, Portugal e Italia resolvieron en la Primera Guerra Mundial, se diluye en nuestro país a través del enfrentamiento entre las dos Españas. Al plantearse como elemento separador la postura ante la Iglesia católica, pervive entre la sociedad liberal el concepto de que la enfermedad histórica del país estuvo ligada a la influencia clerical, en lo que coinciden los libros citados y fundamentó dos discursos importantes y paralelos: el de Fernando de Castro sobre los caracteres históricos de la Iglesia española, pronunciado

en la Real Academia de la Historia el 7 de enero de 1866, y el de Antero de Quental titulado *Causas da decadencia dos povos peninsulares nos últimos três séculos*, pronunciado en el casino de Lisboa, el 27 de mayo de 1871⁹. Si algo unía a los jóvenes españoles de finales del siglo XIX era su enfrentamiento con la Iglesia como institución y su creencia en que había sido un lastre para el progreso cultural y social de España. Aunque Laín Entralgo insista mucho en el concepto que de la historia sostiene la Generación del 98, porque quiere proyectar sobre él el de la unidad de destino de los pueblos que tiene Falange, no puede sino decir que no acompaña a aquellos escritores “en su descarriada actitud religiosa”. También corrompe el sentido que Castilla tiene para ellos, convirtiéndola en cabeza segura del Imperio cuando, en todo caso, es símbolo de la decadencia. Incluso impone la idea de que Antonio Machado es un poeta histórico y castellanizante, cuando esto sólo podría esbozarse como sospecha a partir de la segunda edición de *Campos de Castilla*, bastante diferente a la primera, en las *Poesías Completas* de 1917. El número de artículos sobre la Generación del 98 que se publican en las revistas de los años cuarenta, especialmente *La Estafeta Literaria*, hacen pensar en que se puso en marcha una

⁹ Discursos que comenté en mi libro *La pasión del desánimo*.

acción política de cierto calado, en la que el libro de Laín Entralgo venía a ser el pilar mayor. En 1942, por ejemplo, el falangista Maximiano García Venero publicó un artículo titulado “La generación del 98, abuelos de 1936”.

La obra literaria del Noventaiocho carece para Laín de verdadera importancia, sólo le preocupa ver en sus autores la inquietud por la pérdida de la grandeza imperial de España, interpretando en clave nacionalista un sentimiento que por entonces se impuso en Europa. Los recursos estéticos, que utilizan para transmitir su personal mirada de las cosas o la interiorización simbolista no le importan, o los describe como expresión del ensueño. Porque a Laín no le interesaba ni la literatura ni la construcción que ésta hace de la realidad, sino el ensueño del pasado que, según él, permitiría la obra del Movimiento Nacional, así como “dar un sentido católico a las hazañas intelectuales de la prole de Lutero”.



Durante el segundo decenio del siglo XIX, Juan Nicolás Böhl de Faber y José Joaquín de Mora sostuvieron una polémica sobre estética teatral en diversos periódicos. Suele decirse que con ello se inició el Romanticismo en España y es cierto, sobre

todo, porque tras la pantalla de la escena, los polemistas, conservador el uno, liberal el otro, discutían sobre política.

En 1886, cuando, construida la unidad política italiana, queda por aunar en la vida diaria las conciencias, Edmundo de Amicis publica *Cuore*, la narración de un curso escolar en una escuela turinesa. Busca el libro trazar la historia moderna de Italia como la de un único país y presentar también la unidad de las regiones y de las clases sociales. No podemos dudar de la intención política de la obra que incluye, entre otros cuentos, el del valiente Marco, que representa a un país que va en busca de sus madres emigrantes. Pero muy pronto, al año siguiente de la edición original italiana, Hermenegildo Giner de los Ríos, el hermano y colaborador de quien fundase la Institución Libre de Enseñanza, vertió al español *Corazón*. ¿Mantiene la obra su intención política? Sí, pero ha cambiado el contexto y, por ende, la significación. Lo que importa en la España restauradora es la función que pueden llevar adelante la escuela y el maestro: difundir el pensamiento democrático y socializante.

Un grupo de intelectuales —desde la novelista Virginia Woolf al economista John M. Keynes—, que ni escribieron de forma similar ni se preocuparon por los mismos temas, pero que estudiaron en Cambridge, habitaron la misma ciudad, el mismo barrio

y casi la misma plaza, es sin embargo aceptado como ejemplo del pensamiento y de la estética inglesa de la anteguerra. El grupo de Bloomsbury es un acontecimiento, una construcción política.

Comprendemos ahora por qué resultan casi patéticos los esfuerzos de ciertos historiadores de la literatura por encajar la estética de uno u otro autor en el esquema propuesto por el libro de Laín Entralgo sobre la Generación del Noventaiocho. Una obra impuesta como referencia, pero cuya razón de ser, justo cuando termina la Segunda Guerra Mundial, no era ordenar para un mejor estudio a un grupo egregio de escritores, sino encontrar un *pedigree* cultural español al pensamiento de un Régimen político acusado de pertenecer al movimiento nazi-fascista europeo. El ejemplo de este libro nos ha servido para mostrar cómo un acontecimiento literario (en este caso el volumen de Laín situado en su tiempo y en sus circunstancias) constituye una manifestación política.

La misión del profesor de literatura (y utilizo conscientemente la palabra *misión*) es hacer entender cuáles son los motivos que llevan a construir un acontecimiento. Buscó hacer algo similar Eliseo Verón con un ejemplo del discurso informativo. Labor del docente es desmontar las construcciones y las argumentaciones, cuya finalidad es siempre convencer al receptor.

Al fin y al cabo, la función ética del profesor de Literatura es siempre la misma: enseñar a leer, aunque ello implique, como en Cervantes, desmontar el tablado de la antigua farsa.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL UTILIZADA

- AUBERT, Paul: *La frustration de l'intellectuel liberal*; Cabris: Sulliver, 2010.
- AZORÍN [José Martínez Ruiz]: *La generación del 98*; Madrid: Anaya, 1961.
- AZAÑA, Manuel: *¡Todavía el 98!* (Introducción de Santos Juliá); Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.
- BAZALGETTE, Léon: *A quoi tient l'infériorité française*; Paris: Librairie Fischbacher, 1900.
- BOURGET, Paul: *Essais de Psychologie contemporaine*; Paris: Gallimard, 1993.
- CHARTIER, Roger: *The Cultural Origins of the French Revolution*; The Duke University Press, 1991.
- DEMOLINS, Edmond: *À quoi tient la supériorité des Anglo-saxons*; Paris: Maison Didot, s/f.
- DEPRETIS, Giancarlo: "En el corazón de los otros: anotaciones sobre la figura de Edmondo de Amicis en España"; en Dolores Thion y Jorge Urrutia (eds.): *De élites y masas. Textualizaciones*; Madrid: Devenir, 2013, págs. 191-208.
- DILTHEY, Wilhelm: *Vida y poesía*; México: Fondo de Cultura Económica, 1945.
- ENES, António: *O "Ultimatum" visto por António Enes* (ed. de F. A. Oliveira Martins); Lisboa: Parceria A. M. Pereira, 1946.

- FRANCOS RODRÍGUEZ, José: *El año de la derrota 1898*; Madrid: C.I.A.P., 1930.
- GARCÍA BARRÓN, Carlos: *Cancionero del 98*; Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1974.
- GARCÍA VENERO, Maximiano: "La generación del 98, abuelos del 98"; en *El Español*, Madrid, 5 de diciembre de 1942.
- GENER, Pompeyo: *Cosas de España*; Barcelona: Juan Llordaches, 1905.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto: *Genio de España*, Madrid: Ediciones de La Gaceta Literaria, 1932.
- HINTERHÄUSER, Hans: *Fin de siglo. Figuras y mitos*; Madrid: Taurus, 1980.
- JESCHKE, Hans: *La generación de 1898 en España (ensayo de una determinación de su esencia)*; Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1946.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro: *Los valores morales del Nacional sindicalismo*; Madrid: Editora Nacional, 1941.
- : *Las generaciones en la historia*; Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1945.
- : *La generación del noventa y ocho*; Madrid: Diana, 1945.
- : "La generación del noventa y ocho y el problema de España"; en *Arbor*, 36, 1948, págs. 417-438.
- LITVAK, Lily: *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*; Barcelona: Pulvill, 1980.
- LORENZO CADARSO, Pedro Luis: *El libro y la lectura como armas políticas*; Universidad de Extremadura, 2014.
- LOZANO MARCO, Miguel Ángel: *Imágenes del pesimismo*; Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2000.
- MACHADO, Manuel: *El amor y la muerte. Día por día en mi calendario* (ed. de José Luis Ortiz de Lanzagorta); Universidad de Sevilla, 1974.
- MAEZTU, Ramiro de: *Hacia otra España*; Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.

- MATA, Ramiro W.: *La generación del 98*; Montevideo: Liceo, 1947.
- MORNET, Daniel: *Le origines intellectuelles de la Révolution française (1715-1787)*; Paris: Armand Colin, 1933.
- NORDAU, Max: *Dégénérescence*; 2 vols; Genève: Slatkine, 1998.
- ORTEGA Y GASSET, José: *El tema de nuestro tiempo* (1921); en *Obras Completas*, tomo III; Madrid: Taurus/Revista de Occidente, 2005.
- PETERSEN, Julius: "Las generaciones literarias"; en AA.VV.: *Filosofía de la ciencia literaria* (ed. De Emil Ermantinger); México: Fondo de Cultura Económica, 1946, págs. 137/194.
- PEYRE, Henri: *Les générations littéraires*; Paris: Boivin et Cie, 1948.
- SALINAS, Pedro: *Ensayos completos* (ed. de Solita Salinas de Marichal); 3 vols.; Madrid: Taurus, 1983.
- SERGI, Giuseppe: *La decadencia de las naciones latinas*; Barcelona: Antonio López-Librería Española, 1901.
- SPENGLER, Oswald: *La decadencia de Occidente*; 2 vols; Madrid: Espasa Calpe, 1998.
- STERHELL, Zeev: *Les anti-Lumières. Une tradition du XVIII siècle à la guerre froide*; Paris: Arthème Fayard, 2006.
- THIBAUDET, Albert: *Historia de la literatura francesa desde 1789 hasta nuestros días*; Buenos Aires: Losada, 1957.
- TRAHARD, Pierre: *La sensibilité révolutionnaire (1789-1794)*; Paris: Boivin & Cie, 1936.
- URRUTIA, Jorge: *La pasión del desánimo. La renovación narrativa de 1902*; Madrid: Biblioteca Nueva, 2002.
- VALENCIA, Antonio: *El género chico* (15 textos completos); Madrid: Taurus, 1962.
- VAN KLEY, Dale K.: *The Religious Origins of the French Revolution (1560-1791)*; Yale University Press, 1996.
- VÁZQUEZ CUESTA, Pilar: *A Espanha ante o "Ultimatum"*; Lisboa: Horizonte, 1975.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL UTILIZADA

VERÓN, Eliseo: *Constuir el acontecimiento*; Barcelona: Gedisa, 1995.

WINOCK, Michel: *L'Effet de génération. Une brève histoire des intellectuels français*; Paris: Thierry Marchaisse, 2011.

ZAMORA VICENTE, Alonso: *De Garcilaso a Valle-Inclán*; Buenos Aires: Sudamericana, 1950.